

Siglo XVIII. mas del reyno, y á la mencionada declaracion de 1754. En este estado se hallaban las cosas en orden á la constitucion *Unigenitus*, quando en una junta de preladados que se celebró en 1755, estuvieron muy divididos los ánimos, pues los unos decian que se pecaba mortalmente no recibiendo esta constitucion; y los otros sostenian, que solo se pecaba venialmente en materia grave. En cuyas circunstancias no se halló mejor recurso que el de escribir á Benedicto XIV., pues nadie mas bien que este pontífice podia dar una decision justa y precisa, porque ademas de conocer profundamente la doctrina de la Iglesia sobre las materias de la gracia, habia presenciado el famoso decreto de Clemente XI.

Pero el célebre Benedicto XIV., para proceder con toda rectitud, y no arriesgarse en un asunto de tanta importancia, lo consultó con algunos teólogos; y para afianzar mas bien lo que meditaba, observó un profundo silencio, dando solo parte de sus operaciones al mismo Luis XV., de modo que nada se traslució, hasta que se vió correr una carta encíclica sobre el modo con que debian tratarse los que se oponian á la bula; y á fines del año de 1756 la recibió el rey, y la dirigió á todos los obispos.

La carta de S. S. se dirigia á mantener la paz y tranquilidad, sin admitir casi circunstancias en que se debiesen negar los sacramentos: y para evitar discordias, y no alterar la Iglesia Galicana, se valió S. S. de la ma-

*in primis luminis, privatis ad eum finem publicisque etiam indictis precibus, implorato præsidio, omnes, et singulas propositiones præinsertas, tamquam falsas, captiosas, male sonantes, piarum aurium offensivas, scandalosas, perniciosas, temerarias, Ecclesiæ, et eius praxi iniuriosas, neque in Ecclesiam solum, sed etiam in potestates sæculi contumeliosas, seditiosas, impias, blasphemias, suspectas de hæresi, ac hæresim ipsam sapientes, necnon hæreticis, et hæresibus, ac etiam schismati faventes, erroneas, hæresi proximas, pluries damnatas, ac demum etiam hæreticas, variasque hæreses, et potissimum illas, quæ in famosis Iansenii propositionibus, et quidem in eo sensu, in quo hæc damnatæ fuerunt acceptis, continentur, manifestè innovantes, respectivè, hac nostra perpetuò valitura constitutione declaramus, damnamus, et reprobamus.*

*Mandantes omnibus utriusque sexus Christi fidelibus, ne de*

por prudencia y moderacion, pues la principiò con un Siglo XVIII. elógio á los obispos de Francia, que en todos tiempos se habian distinguido por su piedad y su ciencia. Pero esta carta, como todo decreto capaz de comentarios é interpretaciones, no surtió por entónces el deseado efecto, hasta que en la siguiente junta los preladados contra el dictámen de Fleuri, á la sazón arzobispo de Tours, la mandaron insertar en sus actas, y la dirigieron á todos los curas; en cuyo tiempo ya habia muerto Benedicto XIV.: pero lo cierto es, que su encíclica fué admitida por el clero de Francia en consideracion á su memoria y acreditado zelo. Y desde esta época calmaron las disputas, y se logró mas tranquilidad en orden á la constitucion *Unigenitus*, sobre cuyo particular los que desearan noticias mas extensas é individuales, podrán consultar la historia que escribió de esta célebre constitucion el señor Lafitau, obispo de Sisteron, en dos tomos en octavo.

## ARTÍCULO VI.

*Progresos de la incredulidad, materialismo, ó falsa filosofia.*

Aunque la época de la impiedad es muy remota, y los incrédulos se jactan de tener por cabezas á Epicuro y otros filósofos de la antigüedad; en nuestros tiempos se ha visto mas desenfrenada que nunca, querer destruir

*dictis propositionibus sentire, docere, prædicare, aliter præsumant, quam in hac eadem nostra constitutione continetur ita, ut quicumque illas vel illarum aliquam coniunctim vel divisim docuerit, defenderit, ediderit, aut de eis, etiam disputativè, publicè, aut privatim tractaverit, nisi forsan impugnando, Ecclesiasticis censuris, aliisque contra similia perpetrantes à iure statutis pœnis ipso facto absque alia declaratione subiaceat.*

*Cæterum per expressam præfatarum propositionum reprobationem alia in eodem libro contenta, nullatenus approbare intendimus; cum præsertim in decurso examinis complures alias in eo deprehenderimus propositiones illis, quæ ut supra damnatæ fuerunt, similes, et affines, iisdem erroribus imbutas: nec sanè paucas sub imaginario quodam, veluti grassantis hodie persecutionis obtentu, in obedientiam, et pervicaciam nutriendas, easque falso christiana patientiæ nomine prædicantes; quas*



Siglo XVIII. todo principio de religion, y precipitar á los hombres en los monstruosos desvarios que propone como dogmas infalibles de su sistema. Quando se trata del ateismo moderno todos estan acordes en reconocer por autor de él á Benito Espinosa, de quien se ha dado ya alguna noticia en el tomo anterior, á cuyo tiempo correspondia; por haber sido él el primero que lo reduxo á sistema, sosteniendo que Dios no es un Ser inteligente y perfecto, sino la virtud de la naturaleza esparcida en todas las criaturas, y admitiendo una sola substancia en el universo, á la qual da por atributos la extension y el pensamiento, achacándolo todo á una necesidad ciega. El principal tratado en que Espinosa vertió sus detestables principios, es el que intituló: *Tractatus Theologico-Politicus*, de donde se sacaron los demas que aparecieron en sus obras póstumas, que se reducen á un tratado de moral, varias cartas, y una gramática hebrea; y en todas ellas usa de términos oscuros y sutiles, segun la costumbre de tales impios, sentando proposiciones absurdas, que chocan visiblemente á la razon, como la de que los ojos no se han hecho para ver, ni los oídos para oír, y otros desatinos de esta clase.

Mas perjudicial que Espinosa fué todavía Pedro Bayle, que nació en Carlate, condado de Foix, el año de 1647, y murió el de 1706. Habíase criado Bayle en la religion protestante, y por las persuasiones del cura de Puylarent se convirtió al catolicismo; pero como su

*propterea singulas recensere, et nimis longum esse duximus, et minimè necessarium; ac demum, quod intolerabilius est, sacrum ipsum Novi Testamenti textum damnabiliter vitiatum comperimus, et alteri dudum reprobatae versioni Gallicae Montesei in multis conformem; à Vulgata verò editione, quae tot saeculis usu in Ecclesia probata est, atque ab orthodoxis omnibus pro authentica haberi debet, multipliciter discrepantem, et aberrantem, pluriesque in alienos, exóticos, ac saepe noxios sensus, non sine maxima perversione detortum.*

*Eandem propterea librum, utpote per dulces sermones, et benedictiones, ut Apostolus loquitur, hoc est, sub falsa pie institutionis imagine, seducendis innocentium cordibus longo accommodatum, sive praemissis, sive alio quovis titulo inscriptum, ubicumque, et quocumque alio idiomate, seu quavis editione, aut versioni hactenus impressum, aut in posterum, quod*

caracter era naturalmente escéptico, á los diez y siete meses se volvió á su primitiva creencia: y no se le permitiendo permanecer en Francia por ser relapso, pasó á Ginebra, desde donde dió la vuelta á Francia, y obtuvo en Sedan una cátedra de filosofia, de que al fin le despojaron, refugiándose en Holanda, en donde corrió varias suertes su fortuna. Pues sin embargo de ser éste un país tan libre en materias religiosas, le privaron de una cátedra que regentaba, porque en su famoso tratado del *Cometa* aparecido año de 1680, sostenia que la religion y la incredulidad eran igualmente indiferentes para las costumbres. Arrojóse tambien en este tratado á proferir escandalosamente, que con la religion christiana ningun estado podia ser feliz; cuyas proposiciones, y otras que vomitó en su Diccionario crítico, impreso el año de 1696, le acarrearon con fundamento la nota de Ateista, de la qual procuró justificarse en la obra intitulada: *Entretenimiento de Máximo y de Temisto*.

Las obras de Bayle, aunque encontraron sólidos impugnadores, no dexaron de difundir las ideas impias que encerraban: tanto mas que el autor introducía el veneno con arte, y tenia mucha destreza en formar argumentos sobre qualquiera cosa; lo que junto con la mucha erudicion que ostentaba, seducia á muchas personas ménos cautas. Para lograrlo con mas facilidad le pareció tambien un medio oportuno el combatir las opiniones mas recibidas en otras materias; y así no hay punto histórico ni crítico que no quiera hacer dudoso, ó con obje-

*absit, imprimendum, Auctoritate Apostolica tenore praesentium iterum prohibemus, ac similiter damnamus; quemadmodum etiam alios omnes, et singulos in eius defensionem tam scripto, quam typis editos, seu forsan, quod Deus avertat, edendos libros, seu libellos, eorumque lectionem, descriptionem, retentionem, et usum omnibus et singulis Christi fidelibus sub poena excommunicationis per contra facientes ipso facto incurrenda, prohibemus pariter, atque interdiciamus.*

*Praecipimus insuper Venerabilibus Fratribus Patriarchis, Archiepiscopis, et Episcopis, aliisque locorum ordinariis; necnon haereticæ pravitatis Inquisitoribus, ut contradictores, et rebelles quoscumque per censuras, et poenas praefatas, aliaque iuris, et facti remedia, invocato etiam ad hoc, si opus fuerit, brachii secularis auxilio omnino coerceant, et compellant.*



202 CONTINUACION  
Siglo XVIII. ciones peculiares, ó con principios generales; siendo su principal objeto el arrojar nubes sobre las verdades mas claras: cosa tanto mas lastimosa, quanto Bayle reunia á una dialéctica sutil una lectura vastísima, que bien dirigidas, hubieran podido ser de gran provecho á las letras y á la religion.

En Inglaterra, despues que Hobbes en su tratado de *Cive*, y otros que ha escrito, combatió la diferencia de lo justo y de lo injusto, y sembró otras máximas no ménos impías, cundió no poco el espíritu de irreligion, y llegó á querer conmovér los fundamentos del estado con grave dolor de las personas juiciosas de este país, que hicieron vigorosos esfuerzos por cortar el mal. Sin embargo hizo tales progresos, que se vieron sugetos, por otra parte muy respetables, contagiados de estos errores, y no avergonzarse de estamparlos en sus escritos, mezclados con otras verdades, ó políticas, ó filológicas, muy importantes. De este número ha sido el famoso Milord Bolingbroke, ministro que se ha dado á conocer á la Europa á principios de este siglo, no solo por los grandes servicios que hizo á su nacion en tiempo de la Reyna Ana, y de la paz de Utrecht, sino tambien por algunas de sus memorias, en que trata con acierto varias materias políticas y económicas. Pero por lo mismo no puede ménos de llorarse que un personage tan estimable por estos títulos, los haya obscurecido con los resabios de impiedad que se descubren en sus obras, sirviendo de instrumento vergonzoso, para extender el libertinage y desenfreno que son consecuencia de tales opiniones.

Otro escritor célebre moderno de esta nacion ha manchado tambien la fama de sus escritos con haber intro-

*Volumus autem, ut earundem præsentium transumptis, etiam impressis alicuius Notarii publici subscriptis, et sigillo personæ in dignitate manu Ecclesiastica constitutæ munitis, eadem fides prorsus adhibeatur, quæ ipsis originalibus litteris adhiberetur, si forent exhibitæ, vel ostensæ.*

*Nulli ergo hominum liceat hanc paginam nostræ declarationis, damnationis, mandati, prohibitionis, et interdictionis infringere, vel ei ausu temerario contraire. Si quis autem hoc attentare præsumserit, indignationem Omnipotentis Dei, ac Beatorum Petri et Pauli Apostolorum eius se noverit incursurum.*  
*Datum Romæ apud Sanctam Mariam Matorem anno Incarnatio-*

DE LA HISTORIA ECLESIASTICA. 203 Siglo XVIII.  
ducido en ellos el tono de arrogancia y de incredulidad, que vanamente se apellida libertad filosófica, y no es en el fondo mas que un trastorno de las ideas mas claras: é incontrastables, nacido de presunción y vanidad. Hablamos del bien conocido Hume, cuya pluma es muy respetable, quando escribe la historia de Inglaterra, ó trata de otros asuntos que no tocan á la religion: mas en estos se ha deslizado hácia un escepticismo, que da motivo á contarle entre los que tremolan la bandera de la impiedad. El exemplo de estos y otros hombres, á ciertas luces grandes, junto con la fuerza de la novedad y el concepto de espíritu no vulgar que daba la incredulidad á sus sectarios, deslumbró á muchos, y extendió notablemente el contagio; hasta que á fuerza de verlos y de oírlos se disminuyó la ilusion, y fué á ménos el partido de la irreligion.

Pero no podemos referir sin un vivo dolor, que si afloxó algo en una nacion, que aunque tiene su religion peculiar, es una religion falsa, y mezclada de muchos errores; pasó á tomar el mayor vuelo en otra, que siempre tuvo la dicha de profesar la verdadera y santa de Jesu-christo. El reyno de Francia, porcion muy escogida de la Iglesia católica, vió salir de su seno en estos últimos tiempos un monton de monstruos ateistas, que intentaron despedazar la religion, y substituirle una fatalidad y un materialismo abominables: llegando á tal extremo su impiedad, que excedieron mucho á Juan Jacobo Rousseau, y á otros, que se consideraban como corifeos de ella.

*Actum Romæ die 22. Julii 1773. Pontificatus nostri anno decimotercio.*

I. Card. Prodatarius.

F. Oliverius.

Vissa de Curia L. Sergardus.

Loco ✠ Plumbi.

Registrata in Secretaria Brevium.

L. Martinetius.



Siglo XVIII. Rousseau, que nació en Ginebra el año de 1712, y que por haber nacido en la religion protestante tenia alguna excusa, es cierto que en su Emilio dispara muchos y fuertes tiros contra el christianismo, que justamente merecieron la condenacion del arzobispo de Paris, de que intentó el ginebrino defenderse en una carta publicada año de 1763; pero Rousseau, combatiendo y zahiriendo el christianismo, mas parece que se proponia establecer el deismo que el ateismo; y baxo esta consideracion fué refutado, sabiamente por el doctor Bergier, canónigo de la catedral de Paris, de quien tendremos ocasion de volver á hablar en este artículo.

Lo mismo se puede decir del otro oráculo de los filósofos modernos, el famoso Voltaire, el qual aunque no siempre se muestra antagonista de la religion, ántes en muchas partes de sus obras la recomienda y la ensalza; en el poema de la ley natural y en sus misceláneas descubre bien claro su adhesion al deismo. "Dios asentado en su gloria, dice este blasfemo, no tiene necesidad de ningun culto ni ceremonia, para echar ménos estos obsequios, que serian unas adulaciones. El culto es una lisonja indigna de la Divinidad, la qual condena igualmente el verdadero, que el falso." De este modo el Apóstol de la ley natural va predicándola en el discurso de la obra, proscribiendo el culto que la misma naturaleza dicta á todos los hombres, y queriendo deprimir las prácticas piadosas del catolicismo. Otros imitadores eloquentes, pero nada pios, ha tenido entre sus patricios; contra todos los cuales se ha levantado el zelo de los pastores y magistrados, combatiendo y condenando los primeros unos escritos tan peligrosos, y reprimiendo los segundos á sus autores, ó con el destierro, ó con otras penas mas graves.

Pero quando al parecer se podia esperar que la irreligion se fuese minorando, y perdiendo su fuerza, ha tomado un incremento y un descaño tan grande, que del deismo se arrojó temerariamente al ateismo, y lo propuso como el único sistema que debian abrazar los sensatos; de suerte, que en ménos de diez años, dice un autor moderno, se han escrito veinte obras dirigidas á persuadir y establecer este monstruoso desvarío del entendimiento humano. Una de las primeras que salieron fué

la intitulada: *El Christianismo descubierto*; llena de invectivas sangrientas contra la religion christiana, y en substancia contra todas las demás religiones; cuya obra impugnó vigorosamente el ya dicho doctor Bergier en otra, que llamó: *Apología de la religion christiana*. Vino despues el libro del *Contagio sagrado*, que se publicó baxo el nombre de Trenchard; y el *Ensayo sobre las preocupaciones*, atribuido á Marsais; y en todas estas obras no se halla mas que una copia, una repeticion de las violentas declamaciones, de las calumnias y de los improperios, que los primeros ateistas dirigieron contra la religion. Pero á todas excedió la intitulada: *Sistema de la naturaleza*, publicada sin nombre de autor; la qual reuniendo todos los principios establecidos por los ateistas, valiéndose de las mismas imposturas, y añadiendo á estos una eloquencia seductiva, y de quando en quando un tono tierno y compasivo, se puede reputar por el libro maestro del ateismo, en que se refunden todo su sistema y sus conseqüencias. Por esta razon hemos creído que el modo de dar á los lectores una idea exácta de él, es presentarles un resumen de los principios de la referida obra; pues en ellos están contenidos todos los de las demás de esta clase: protestando que solo el deseo de cumplir con la obligacion que impone la historia al que la escribe, es el que nos hace no omitir unas proposiciones que miramos con horror, y que quisieramos poder callar.

El autor del sistema de la naturaleza divide su obra en dos partes: en la primera se propone establecer un sistema de ateismo, en el que la naturaleza lo obra todo: en la segunda, atacar el origen, las pruebas y los efectos de la religion. Empieza, pues, definiendo la naturaleza en estos términos: "El universo, este vasto conjunto de todo lo que existe, no nos ofrece por todas partes mas que materia y movimiento. Las diferentes especies de materia, sus propiedades, sus combinaciones constituyen las esencias de los seres. La naturaleza en su significacion mas extensa es el gran todo que resulta de la union de las diferentes materias. La naturaleza en un sentido ménos extenso, ó considerada en cada ser, es el todo que resulta de las propiedades y de la combinacion de las materias particulares de que



Siglo XVIII. "se compone este sér; en una palabra, no es mas que materia y movimiento; y así quando se dice que la naturaleza quiere que el hombre trabaje en su felicidad, se entiende que es de esencia de un ente que siente, que piensa, que quiere y que obra, el trabajar en su felicidad."

Pasa luego á explicar la fuerza de la naturaleza, y dice: "El hombre en todo lo que hace es encadenado por unas leyes, de las quales ninguna cosa puede sustraerle, y sufre sin saberlo los decretos de una fuerza universal, que no puede volver atrás. Sus acciones visibles, del mismo modo que los movimientos invisibles, excitados en su interior, que provienen de su voluntad ó de su pensamiento, son igualmente efectos naturales, y conseqüencias necesarias de su mecanismo propio, y de los impulsos que recibe de los entes que le rodean. Todo lo que hacemos ó pensamos, todo lo que somos y seremos no es sino una conseqüencia de lo que la naturaleza universal nos ha hecho: todas nuestras ideas, nuestra voluntad, nuestras acciones, son efectos necesarios de la esencia y de las qualidades que esta naturaleza ha puesto en nosotros, y de las circunstancias por las quales nos obliga á pasar y á ser modificados."

Despues de desentrañar unos principios tan absurdos, se lamenta de la ignorancia de ellos, atribuyendo á ella las desdichas del hombre, y el haberse forjado dioses imaginarios.

En seguida de esto trata del movimiento y de su origen, que es otro de los exes principales de su sistema; porque si fuese esencial á la materia, como él pretende, y ésta se moviese por su propia energía, sería inútil recurrir á ningun otro principio activo. Oigamos lo que dice. "El movimiento es un esfuerzo, por el qual un cuerpo muda, ó se inclina á mudar de lugar. Hay dos movimientos, el uno es un movimiento de masa, por el qual un cuerpo entero es transferido de un lugar á otro; y así vemos caer una piedra, rodar una bola, moverse un brazo, ó mudar de posicion: el otro es un movimiento interno y oculto que depende de la energía propia de cada cuerpo; esto es, de la esencia, de la combinacion, de la accion y de la reaccion de las particillas insensibles de la materia de que se compone

Siglo XVIII. "este cuerpo. Los movimientos sean visibles, sean ocultos, se llaman movimientos adquiridos, quando los impulso á un cuerpo una causa extraña, ó una fuerza existente fuera de él. Llámanse espontáneos, quando se excitan en un cuerpo que encierra en sí mismo la causa de las mudanzas que vemos obrarse en él; y entónces decimos que este cuerpo obra y se mueve por su propia energía. De esta especie son los movimientos del hombre que anda, que habla y que piensa: y sin embargo, si miramos la cosa de mas cerca, nos convenceremos que hablando rigurosamente no hay movimientos espontáneos en los diferentes cuerpos de la naturaleza, atento á que obran continuamente los unos sobre los otros, y que todas sus mudanzas se deben á causas, ó visibles ó invisibles que los mueven. Si hubiese en la naturaleza un ente verdaderamente capaz de moverse por su propia energía; esto es, de producir movimientos independientes de todas las demas causas; un ente semejante tendria el poder de detener él solo ó de suspender el movimiento en el universo, que no es mas que una cadena inmensa, y no interrumpida de causas ligadas las unas con las otras, que obran y vuelven á obrar por leyes necesarias é inmutables. Todo cuerpo se mueve por algun cuerpo que le hiere." Son muchas las contradicciones que encierra este raciocinio. Si el movimiento es esencial á un cuerpo, ¿cómo lo adquiere algunas veces de una causa extraña que existe fuera de él? Las partículas de la materia, ¿cómo estan en movimiento ántes de recibir este movimiento? Pero no hacemos el oficio de impugnadores, en cuyo caso habria mucho que decir, sino el de historiadores.

El autor define al hombre de la manera siguiente: "Qué es el hombre? Es un ente material, organizado ó formado de modo que sienta, piense, y esté modificado de cierta forma propia de él solo, de su organizacion, y de las combinaciones particulares de las materias que se hallan reunidas en él. ¿Cuál es el origen de la especie humana? El hombre es, como todos los demas entes, una produccion de la naturaleza. ¿De dónde ha venido el hombre? La experiencia no nos ha puesto en estado de resolver esta cuestión, la qual no puede interesarnos realmente." Ciertamente que el



Siglo XVIII. género humano no puede estar agradecido al origen que le da la religion, y fácil será conocer la enorme distancia que hay de una criatura de Dios, heredera del cielo y de la eternidad, á un aborto de la naturaleza, destinado á perecer luego que nace.

Un filósofo que establece los principios referidos, no hay que admirar que deseche el alma y su espiritualidad; pero repitiendo siempre absurdos sobre absurdos. "¿Cómo, dice, se puede formar idea de una substancia privada de extension, y que sin embargo obra sobre nuestros sentidos: esto es, sobre órganos materiales, que tienen extension? ¿cómo un ente sin extension puede ser movable, y poner la materia en movimiento? ¿cómo una substancia, destituida de partes, puede corresponder sucesivamente á diferentes partes del espacio? Una substancia espiritual, que se mueve y que obra, implica contradiccion: de donde concluyo que es totalmente imposible. ¿Qué es lo que presenta al espíritu una substancia, que no es nada de lo que nuestros sentidos nos pueden hacer conocer? ¿Es posible concebir la union del alma y del cuerpo, y cómo este cuerpo material puede ligar, encerrar, determinar á un ente fugitivo, que se escapa de todos los sentidos? El resolver estos problemas con milagros, y hacer intervenir á la Divinidad, ¿no es confesar ignorancia ó el designio de engañarnos? Ninguna cosa hay mas popular que el dogma de la inmortalidad del alma, y la esperanza de otra vida; y es porque habiendo inspirado la naturaleza á todos los hombres el amor mas vivo de su existencia, el deseo de permanecer siempre en ella fué una consecuencia necesaria. Este deseo se convirtió muy luego para ellos en certidumbre; y del deseo que la naturaleza les habia impuesto de existir siempre, se hizo un argumento para probar, que el hombre no dexaria jamas de existir."

Pasa despues á vomitar una multitud de declamaciones y calumnias impías contra la religion. Dice, "que ésta se ha complacido de mostrar la muerte baxo los aspectos mas horribles, y como un momento que nos entrega sin defensa á los rigores inauditos de un despotismo desapiadado, qual pinta ella á Dios, cuyos de-

cretos no se suavizarán con nada: que castigará fiacretos no se suavizarán con nada: que castigará fiacretos no se suavizarán con nada: que castigará fia-  
quezas involuntarias, faltas necesarias, inclinaciones quezas involuntarias, faltas necesarias, inclinaciones quezas involuntarias, faltas necesarias, inclinaciones  
que ha dado á nuestro corazon, errores de nuestro entendimiento." Pero pongamos fin á unos improperios, que horrorizan á los oidos christianos.

Continúa con estas mismas declamaciones sobre la imperfeccion de la moral, sobre la depravacion de costumbres, multitud de crímenes, instituciones viciosas, política abominable, injusticias horribles de los gobiernos que viven baxo la religion, y dice: "La naturaleza es la que enseñará á los hombres lo que se deben á sí mismos, y la ley les mostrará lo que deben al cuerpo de que son miembros. Un gobierno justo, ilustrado, virtuoso y vigilante, que se proponga de buena fe el bien público, no necesita de religion para gobernar á súbditos razonables, instruidos en sus obligaciones, sujetos por interés á leyes equitativas, y capaces de conocer el bien que se les quiere hacer." Es mas digna de risa que de otra cosa la bella suposicion que hace el autor de los ciudadanos de su república, como si no fuera una pura quimera el suponer, como él supone, una nacion de filósofos gobernados todos por la razon. ¿Dónde ha existido esta nacion sino en la imaginacion pervertida de nuestro Ataísta; ó por mejor decir, en su obstinado empeño de desacreditar todo lo que participa de la religion?

En la segunda parte de su obra, que tiene por objeto el atacar la religion y todas sus instituciones, se muestra mas triunfante, porque para combatir, y poner objeciones á una cosa, aunque sea la mas santa, no se necesita mas que malignidad, y esa es bastante comun en los autores de esta clase. En el primer capítulo se empeña en persuadir, que la creencia de un Dios, y el darle culto ha nacido de la ignorancia de los hombres, aún salvajes, y poco instruidos en las causas naturales. "Las sociedades, dice, en su origen viéndose muchas veces afligidas y maltratadas por la naturaleza, supusieron en los elementos, ó en los agentes ocultos que los reglaban, voluntad, fines, necesidades y deseos semejantes á los del hombre. De aquí nacieron los sacrificios imaginados para alimentarlos, las libaciones para satisfacerlos, el humo y el incienso para lisonjear su olfato. Al principio se les ofrecieron los frutos de la tierra y la yerba,



Siglo XVIII. »despues se les sirvieron viandas; se les sacrificaron cor-  
»deros, terneras y toros; y como los vieron casi siem-  
»pre irritados contra el hombre, les sacrificaron poco á  
»poco niños y hombres. Finalmente el delirio de la ima-  
»ginacion, que va siempre en aumento, hizo creer que  
»el Agente soberano que preside á la naturaleza no po-  
»dia ser aplacado sino por el sacrificio de un Dios." ¡De-  
»testable impiedad querer atribuir la inefable y sacrosan-  
»ta inmolacion de Jesu-christo á unas ideas erróneas y ba-  
»xas de temor en los hombres, y confundir el origen de  
»esta idea con el de la de los sacrificios bárbaros de san-  
»gre humana, tan reprobados por la verdadera reli-  
»gion.

"La naturaleza y los elementos, prosigue, fueron las  
»primeras divinidades de los hombres, los quales han  
»comenzado siempre por adorar entes materiales; pues  
»como cada individuo no ve mas que efectos materiales,  
»los atribuye á causas del mismo género. De las nacio-  
»nes civilizadas salieron comunmente todos los perso-  
»nages que traxeron las artes, las leyes, los dioses, los  
»cultos, y las opiniones religiosas, á unas familias ó  
»tribus dispersas y no reunidas aún en cuerpo de na-  
»cion. Haciéndolas mas felices, atraxeron su amor y ve-  
»neracion, y adquirieron el derecho de prescribirles opi-  
»niones, moviéndolas á adoptar las que habian inventado  
»ellos mismos, ó tomado de los países civilizados de que ha-  
»bian salido. Á los viejos como de mas experiencia se les  
»encargó regularmente la reconciliacion con la potestad  
»irritada; y estos la acompañaron con ceremonias, ri-  
»tos, precauciones y fórmulas, renovando á sus conci-  
»dadanos las nociones transmitidas por los antepasados,  
»las observaciones hechas por ellos, y las fábulas que  
»habian recibido. Así se estableció el sacerdocio, así se  
»formó el culto." Así discurre sin principios este Ateísta  
»ignorante y ciego.

De aquí se arroja temerariamente el impio á sacar  
»contradicciones en la Divinidad. "Algunos pensadores,  
»dice, mas sutiles que otros admitieron un solo Dios, y  
»se lisonjearon de haber hecho un descubrimiento im-  
»portante; pero se vieron precisados á admitir en este  
»Dios monarca qualidades contradictorias é incompati-  
»bles: una bondad, una sabiduría, y un poder sin lí-

»mites, conforme á sus beneficios, y al orden que se  
»creyó ver reynar en el mundo."

De este modo va texiendo el impio una multitud de  
»blasfemias horrorosas, con que pretende ridiculizar los  
»atributos mas sacrosantos del Dios Omnipotente. Si la na-  
»turalidad de esta obra lo permitiera, nos detendriamos á  
»desvanecer unas objeciones tan despreciables como im-  
»pias; pero el entendimiento mas rudo y ménos religio-  
»so puede conocerlas y detestarlas.

No son de mas fuerza las declamaciones que hace sob-  
»re los grandes males que resultan de la religion á la  
»moral, á la política, á las ciencias, y á la felicidad de  
»las naciones. "La religion, dice, es el origen de todos  
»los males: ella divide á los hombres en lugar de reunir-  
»los: con ella en lugar de amarse se aborrecen, dispu-  
»tan y se persiguen, creyendo cada uno que en esto  
»no hace mas que conformarse con las intenciones del  
»Dios que adora, sin remorderle ninguno de los deli-  
»tos que comete por su causa. La naturaleza convida al  
»hombre á amarse, á conservarse, á aumentar incesan-  
»te su felicidad: la religion le ordena que ame única-  
»mente á un Dios formidable, y que se deteste á sí mis-  
»mo. La naturaleza dice al hombre, que consulte su ra-  
»zon, y la tome por guia; la religion le enseña que su  
»razon está corrompida; que es una guia infiel, dada  
»por Dios para descarriar á sus criaturas. La naturaleza  
»dice al hombre que se instruya, y busque la verdad: la  
»religion le manda que no exámine nada; que permanez-  
»ca en la ignorancia, que tema la verdad. La naturaleza  
»dice al hombre que sea sociable, que ame á sus semejan-  
»tes, que sea justo, pácifico é indulgente, que haga go-  
»zar y dexé gozar á sus asociados: la religion le acon-  
»seja que huya de la sociedad, que se desprenda de las  
»criaturas, y las abortezca, quando su imaginacion no  
»les proporciona sueños conformes á los suyos; que rom-  
»pa por su Dios los vínculos mas sagrados, que atormenté,  
»que aflija, que persiga y que mate á los que no quie-  
»ran delirar á su modo. La naturaleza propone al ciuda-  
»dano por modelo hombres dotados de una alma honesta,  
»noble y enérgica, que han servido útilmente á sus con-  
»ciudadanos: la religion le alaba unas almas abatidas,  
»unos penitentes frenéticos, y unos fanáticos, que han tur-